

Dupanloup, Félix, 1802-1878

Cartas a los hombres de mundo sobre los estudios que les convienen / por monseñor Dupanloup, obispo de Orleans ; version castellana por Manuel Ruiz de Obregon y Reyna.

Madrid : Imprenta de Juan Aguado, 1875.

Vol. encuadernado con 27 obras

Signatura: FEV-AV-M-01448 (26)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

4

CARTAS
HOMBRES DE HONDO
BIBLIOTECA
CATÓLICO-LITERARIA.

BIBLIOTECA

CATOLICO-LITURGIA

CARTAS
A LOS
HOMBRES DE MUNDO

SOBRE LOS
ESTUDIOS QUE LES CONVIENEN
POR
MONSEÑOR DUPANLOUP, OBISPO DE ORLEANS

DE LA ACADEMIA FRANCESA

VERSION CASTELLANA
POR
D. MANUEL RUIZ DE OBREGON Y REYNA

ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID



MADRID
IMPRESA DE DON JUAN AGUADO
CALLE DEL CID, NÚM. 4 (RECOLETOS)

1875

CARTAS

HOMBRES DE MUNDO

1877

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

1877

MONSEÑOR DUBOIS, OBISPO DE ORLEANS

1877

1877

1877

1877

1877

1877

1877

1877

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

La presente obra, una de las más notables que han salido de la docta pluma de Monseñor Dupanloup, es de inmensa utilidad, no solo para los hombres que disfrutando en el mundo de una alta posición, se dedican al estudio libremente y por un noble deseo de saber, sino para todos los que de cualquier modo, ya porque deban emprender una carrera, ó bien porque después de concluida ésta, aspiren á ensanchar el círculo de sus conocimientos se consagran al estudio de las letras.

Con efecto, bajo la sencilla forma epistolar, y con admirable claridad y precisión, Monseñor Dupanloup presenta todos los problemas que puede ofrecer el estudio de los diversos ramos del saber humano comprendidos bajo aquella denominación, resolviéndolos con el elevado criterio que domina en todas sus obras, dando en cada caso los más acertados consejos y demostrando con argumentos incontestables que el estudio de la Religión es la base de todo estudio provechoso.

Hé aquí por qué, deseosos de dar á conocer en nues-

tra pátria una obra de tales condiciones, digna por ellas de figurar lo mismo en la biblioteca del hombre de ciencia, que en manos de la juventud estudiosa, hemos emprendido su traduccion.

Guíanos tan solo este propósito, y veremos satisfechas nuestras aspiraciones, si el público acoge benévola-mente nuestro trabajo.

LAS cartas que componen el presente libro, son el desarrollo de la que tuvimos ocasion de dirigir hace dos años á un miembro de la Academia que hemos fundado en Orleans, con el nombre de *Academia de la Santa Cruz*, y cuyo programa abraza precisamente los estudios de que tratamos en las mismas. Publicada en el *Correspondant* aquella carta á un s6cio de la Academia de la Santa Cruz, di6 lugar á numerosas felicitaciones, que nos permitieron creer que respondia á una verdadera necesidad, y que los consejos que contiene podrian ser 6tiles á una considerable parte de la juventud y á muchos hombres de mundo, cualquiera que fuese su posicion y su carrera; nos hemos, pues, decidido á tratar m6s á fondo tan vasta é importante materia, y hé aquí el origen del presente libro, que forma el complemento natural de nuestra obra sobre la educacion. Creemos 6til dar á conocer aquí á nuestros lectores el discurso que pronunciamos al inaugurar dicha Academia de la Santa Cruz:

«SEÑORES:

»Ahora que vuestras reuniones est6n autorizadas, y que habeis elegido en vuestro seno un Presidente, dignatario de la Iglesia, la Academia de la Santa Cruz, queda fundada, y en este momento yo veo con satisfaccion reali-

zarse un voto que habia formado, lo confieso, hace largo tiempo.

» Nuestra ciudad de Orleans no es solamente la ciudad de los grandes recuerdos, de las gloriosas libertades; no ha encerrado solamente esforzados ciudadanos detrás de sus robustas murallas; todos sabeis que en otros tiempos era una ciudad floreciente por sus afamadas escuelas, por sus ilustres maestros, por sus jurisconsultos de inmortal renombre, y por el concurso de la numerosa juventud que venia, algunas veces de las comarcas más lejanas, á estudiar aquí las ciencias divinas y humanas, en la paz de su tranquilo recinto y en el encanto de estas costumbres austeras y dulces, que á la vez eran severas y hospitalarias.

» En esta ciudad de Orleans, que tan bien ha sabido conservar la dignidad de su carácter, donde no han perecido las antiguas tradiciones, donde las familias saben guardarse de la vanidad, prestándose al mismo tiempo á toda alianza ó amistad honrosa, en esta ciudad, donde el culto de lo bueno y de lo bello no se ha perdido, al lado de las asociaciones científicas, que la honran hace ya largo tiempo, aun habia lugar, en el vasto campo de las letras, para una asociacion nueva. Habeis aparecido, y vosotros, señores, sereis un foco más que alimentará entre nosotros la llama antigua, y perpetuará, fuera del exclusivismo de los partidos y de las agitaciones políticas, la tradicion de los buenos y grandes estudios y la fecunda actividad de las Letras.

Gloria es de éstas, señores, ocupar las serenas alturas de que hablaba en otro tiempo el poeta :

Edita doctrina sapientum templa serena ;

en estas regiones de luz y de paz, donde no llega el murmullo de los mezquinos intereses y de las luchas apasionadas, y donde los espíritus se aproximan, donde los corazones se encuentran en el culto elevado y en el delicado comercio de las cosas del alma.

» En este terreno neutral y sagrado por decirlo así, en este pacífico retiro, es donde vosotros, señores, escuchando

la invitacion de vuestro Obispo, habeis querido reuniros para hacer comunes vuestro talento, vuestra ilustracion, vuestra experiencia y vuestros trabajos, y hé aquí «un suceso que me llena de satisfaccion y orgullo, hé aquí un suceso por el que me será permitido felicitaros y felicitar á esta ciudad.»

»Muchos adelantos y adelantos gloriosos serán el honor de nuestro siglo: las ciencias extienden cada dia su imperio, sometiendo más y más la materia al servicio del espíritu, y enriqueciendo la vida con sus útiles y fecundas invenciones.

»Pero las letras, señores, es decir, la exquisita cultura, del alma, la flor de la civilizacion y de la urbanidad, son una riqueza tambien que no es posible olvidar: ellas son á la vez una antorcha, un encanto y un poder.

»Y yo debo añadirlo, ellas hacen parte de la fortuna nacional, ellas son una de las grandes glorias de nuestra patria, por ellas el espíritu francés ha conquistado en Europa un puesto que nadie le disputa.

»Ahora bien, el reuniros, señores, para realizar sérios trabajos literarios, el sustituir al aislamiento que produce la debilidad, la union que duplica las fuerzas, el asociar vuestras inteligencias y vuestros esfuerzos para que haya en esta antigua ciudad y en Francia un nuevo centro donde florezcan las letras, para que Orleans se eleve todavía más entre los franceses amantes de su patria, es un pensamiento grande y noble, que os honra y que honra al país.

»Y no es esto todo, hay una idea todavía más alta y más fecunda en la fundacion de vuestra sociedad.

»¡Ah! seguramente yo amo las letras y digo desde luego con el poeta:

Quarum sacra fero ingenti percussus amore.

»Sin embargo, yo no puedo decir:

Dulces ante omnia musæ!

»Hay para mí, Obispo, algo más grande y más caro todavía.

»Pero la mayor gloria, á mis ojos, de esta reunion, es que todos habeis comprendido la armonía que existe entre los estudios nobles y elevados, entre lo que el buen sentido de las generaciones ha llamado con gran propiedad Bellas Letras y nuestra grande y santa religion que todo lo inspira, que lo corona todo. De este modo, señores, por esta direccion religiosa dada á vuestros trabajos, por esta alianza, establecida en el seno de nuestra asociacion, entre las Bellas Letras y las Letras Cristianas, habeis engrandecido y ensanchado sin límites el horizonte de vuestros estudios lejos de haberle reducido.

»Hay, pues, á un mismo tiempo, señores, en vuestra reunion el venturoso impulso de los espíritus y de los corazones inclinados hace largo tiempo entre nosotros á deseadas conciliaciones, la grata necesidad de comunicarse, de ponerse de acuerdo, olvidando absolutamente todo lo que aquí abajo nos separa y divide, y de ayudarse los unos á los otros por el esmerado cultivo de la inteligencia y el interés superior de las almas, y en fin, señores, el deseo que anima hoy á todos los espíritus buenos y nobles de renovar la antigua y gloriosa alianza, rota desgraciadamente en el último siglo, entre la Fé y las Letras, entre la Religion y las Ciencias, entre la Iglesia y la Pátria.

»Dichoso yo, señores, al inaugurar esta asociacion que empieza hoy, modestamente, sin ruido, cual conviene, pero que por su grandeza puede ser algun dia una página de gloria para esta ciudad; porque, quién puede saber lo que le reserva el porvenir, contando con hombres como los que aquí veo!

»Permitidme decíroslo, señores, con toda claridad, á pesar de la reserva que vuestra presencia me impone. Al dirigir mis miradas sobre todos los que me rodean no he podido ménos de quedarme absorto y encantado á la vez de la feliz variedad de talentos, estudios y aun edades y posiciones que encierra vuestra asociacion. Si yo lo hago notar, señores, es porque para cada uno de vosotros una asociacion tal, es en mi concepto un honor, un estímulo, una esperanza.

»Yo veo aquí dignos magistrados, á quienes su elevado

carácter, su talento y sus servicios han captado justamente la autoridad y el respeto.

»Veo á su lado, rodeados tambien de la misma justa consideracion, á los representantes de la ciencia, cuya presencia aquí atestigua la alianza en el seno de vuestra asociacion de las Ciencias y las Letras.

»El foroos ha dado algunos de sus oradores distinguidos.

»El clero ha encontrado en medio de vosotros una acogida digna de vuestros sentimientos y de vuestra religiosidad.

»Muchos de entre vosotros han honrado ya su nombre con notables publicaciones; casi todos, aun los más jóvenes, habeis dado pruebas de saber y erudicion.

»Todos en fin, hombres maduros en la fuerza de la inteligencia y jóvenes llenos del ardor de los primeros años, un mismo celo os anima para los nobles trabajos del espíritu, para los estudios sérios y fecundos.

»Cómo, señores, vuestro Obispo podria al veros no acariciar en su corazon una esperanza?

»Mi pesar, señores, mi vivísimo pesar es que el creciente peso de mis ocupaciones y los cuidados del cargo pastoral, hoy mayores que nunca, no me permitan tomar toda la parte activa que desearia en vuestros importantes trabajos. Yo quisiera poder decir todavía con el poeta: Dios me ha dado este descanso:

Deus nobis hæc otia fecit!

»Pero al ménos, si no me es permitido ofreceros un curso asiduo, no creo necesario repetiros con cuán vivo interés me asociaré á vuestros estudios y cuán dichoso seré al aplaudir vuestros triunfos. Las Letras, bien lo sabeis, no han sido jamás indiferentes á la Iglesia, y aun cuando lazos tan estrechos no me unieran á vosotros, nunca en la pátria de Teodulfo podria un Obispo permanecer indiferente é insensible á una asociacion de Letras cristianas.»

Esta Academia de la Santa Cruz, que inauguramos con estos propósitos, ha realizado nuestras esperanzas; ha des-

pertado en nuestra ciudad episcopal, entre los padres de familia y la juventud un nuevo y fecundo movimiento intelectual, que se ha manifestado ya en los variados trabajos que la Academia ha visto nacer en su seno, y de los que este mismo año ha aparecido en un notable volumen una escogida coleccion (1), ya en importantes obras publicadas fuera de la Academia por algunos de sus miembros. Tenemos la seguridad de que en las grandes ciudades de nuestras provincias, existen, para semejantes asociaciones literarias y cristianas, elementos dispersos que solo esperan una inspiracion, ó una palabra para agruparse, y veríamos con placer por nuestra parte la propagacion en nuestro país de estos centros de ilustracion religiosa.

Estas CARTAS A LOS HOMBRES DE MUNDO forman, el último de los seis *volúmenes que componen* nuestra obra sobre la *Educacion* y la *Educacion superior intelectual*. Al terminar, nos consideramos dichosos rindiendo nuestro homenaje á todos los hombres desinteresados que, por amor á la juventud y á la Iglesia, han recorrido al mismo tiempo que nosotros y recorren todavía, esta laboriosa carrera de la enseñanza. De treinta años acá yo he seguido con atencion sus trabajos, he leído frecuentemente con admiracion sus obras y discursos, y me han servido de gran aprovechamiento su experiencia, sus conocimientos y aun sus palabras algunas veces. Al soltar la pluma pido á Dios que estas páginas, fruto de tantos años de mi vida, no sean inútiles al progreso de la grande obra que me las ha inspirado.»

(1) *Etudes chrétiennes de littérature, de philosophie et d'histoire*. In-8. Paris, chez Eugène Belin.

CARTAS

A UN MIEMBRO DE LA ACADEMIA DE LA SANTA CRUZ

SOBRE LOS

ESTUDIOS QUE PUEDEN CONVENIR PARA EMPLEAR
LOS OCIOS DE UN HOMBRE DE MUNDO.

CARTA PRIMERA.

**Necesidad del trabajo y del estudio para los que no tienen
carrera y para los que la tienen.**

MI QUERIDO AMIGO:

Existe en nuestro actual estado social una situación, que con frecuencia ha llamado seriamente la atención de los hombres reflexivos, la del gran número de jóvenes y de hombres que tienen fortuna, ó, por lo ménos, bienestar y descanso, y que, á consecuencia de circunstancias, más ó ménos independientes de su voluntad, no han seguido una carrera. ¿Qué empleo hacen, y cuál podrían hacer de sus ratos de ocio, para el desarrollo de su inteligencia y la cultura de su talento? Esta es una grave preocupacion, á la que es imposible escapar cuando uno se interesa por su país y por su tiempo, y sobre la cual, puesto que lo deseais,

tendré gran placer en deciros aquí, con la sencillez de una correspondencia familiar, mis pensamientos, fruto de mi experiencia; y tal vez los consejos que tendré ocasion de daros, ya á vos, ya á vuestros colegas, podrán ser, por la necesidad, de aplicacion más general, y de provechosos resultados para todos los que comprendan su utilidad y quieran darles acogida.

Yo acepto, tanto más gustoso, la ocasion que me presentais de decir mi opinion respecto á este punto, cuanto que tenia precisamente el propósito de terminar mi gran trabajo sobre la educacion con algunas reflexiones sobre esta materia; porque siendo la educacion en cierto modo, segun creo, no solo la obra de la juventud, sino la de toda la vida, yo debia, para no olvidar nada, despues de haber dicho cómo del niño se hace un hombre, decir tambien cómo y por qué sería de trabajos personales el hombre proseguirá todavía su desenvolvimiento intelectual, ennobliéndose y educándose hasta el fin, como cumple á su deber y á su honor. Vos me ofreceis, amigo mio, la ocasion de dar cima á mi obra, y yo os lo agradezco.

I

Hay entre nosotros una profunda division entre los hombres de mundo y los que se dedican al estudio, es decir, que generalmente en el mundo, con casi ligerísimas excepciones, el que no es literato ú hombre de ciencia, ni ha seguido una carrera, no estudia; créese que debe cesar todo trabajo sério intelectual desde que se sale del colejio (1).

(1) Un amigo mio, que ha leído estas páginas en *El Correspondant*, donde aparecieron primeramente, me escribia á propósito de ésto: «Esta separacion existe en mi provincia, no solo de hecho, sino en principio. Se tiene entre nosotros, generalmente en la buena sociedad, una preocupacion hostil respecto á los estudios serios: hay sociedad donde un hombre de la primera nobleza no sería tan bien recibido si al mismo tiempo fuese hombre

El canciller de Aguesseau no era de esta opinion cuando escribia en otro tiempo á su hijo estas graves palabras: «No creais que nada os resta que hacer porque habeis terminado dichosamente vuestros primeros estudios; un trabajo mayor debe sucederles, y una carrera más larga os espera; todo lo que habeis hecho hasta aqui no es más que un escalon, una preparacion para elevaros á estudios de un orden superior.»

Yo no sé si se encontrarán hoy muchos padres que empleen este lenguaje con sus hijos; por lo ménos se reconocerá que las palabras de este gran magistrado tienen perfectísima aplicacion á los estudios y á la juventud actual, sobre todo á ese número considerable de jóvenes que no siguen carrera alguna, y de los cuales se dice comunmente en el mundo que nada hacen.

No entraré á indagar aquí qué causas han producido este abandono en los estudios, este retraimiento en la vida privado, ni hasta qué punto sea todo esto legítimo y honroso, ni qué compensaciones podria tener; ya he dicho en otra parte, y con fuerte voz, mi opinion sobre todos estos puntos.

Pero, aceptando la situacion, que no me es dado cambiar, y examinándola bajo el punto de vista particular de los estudios liberales, y de aquellos trabajos del espíritu, que, no solo pueden ofrecer un noble y grato empleo de las horas de ocio, sino que son al mismo tiempo los más propios para dar al hombre la conciencia de lo que vale, me pregunto yo, qué son y qué podrian llegar á ser los jóvenes y los hombres de fortuna y bienestar que no tienen carrera.

de letras, como si por esto hubiera degenerado. Diríase que es un retroceso á las preocupaciones de la Edad media, en que la nobleza relegaba con desden la lectura al clero, y se vanagloriaba de no saber más que guerrear. Entonces no se sabía leer, pero se guerreaba; hoy se sabe leer, pero ni se lee, ni se guerra.»

Debo, sin embargo, manifestar que, á pesar de la division de que hablamos, esta preocupacion no existe en todas partes, por lo ménos en tanto grado, y que, al contrario, hombres de alta cuna, jóvenes sobre todo, se honran entre las personas sensatas solo por ésto, dando á conocer gustan la ocupacion y el trabajo sério.

En primer lugar, estos jóvenes ¿qué hacen? ¿En qué pasan sus largos días? ¿Qué uso hacen de las brillantes facultades que Dios les dá con frecuencia? ¿Son útiles siquiera para sí mismos? La verdad es que un gran número, terminados sus primeros estudios, no hacen nada, ni aun estudiar leyes, pues no lo es verdaderamente dedicarse á ellas con ligereza y vulgaridad, sin profundizar ninguna cuestion, para apresurarse, apenas recibidos los primeros grados, á cerrar los libros de Derecho como han cerrado todos los demás.

Yo os pregunto, amigo mio: una juventud, pasada de este modo, aunque no destruya absolutamente el espíritu, el corazon, la vida entera, ¿qué frutos produce? ¿qué talentos puede desarrollar? ¿qué hombres prepara para el porvenir de un país?

Fijémonos en los mejores de estos jóvenes—aquellos que, gracias á las influencias de la educacion y de la familia, han tenido la dicha de conservarse buenos y honrados—trascurrida su juventud, ¿qué es de ellos? ¿Saben entonces ocuparse en algo? No; hombres ya, continúan en la ociosidad en que han pasado su primera juventud, se contentan con los estudios de las áulas, de ordinario tan medianos, y satisfechos de las cómodas ventajas de una existencia asegurada y tranquila, pasan el resto de su vida en el abandono de todo trabajo intelectual, no solo sin producir nada, sino sin estudiar jamás cosa alguna con constancia, ni aprender nada á fondo; los ménos ociosos, con una apariencia de ocupacion que les engaña y entretiene, pero que no es de resultados ni para ellos ni para los demás.

Muchos leen, no lo ignoro, y mucho más de lo conveniente algunas veces; porque ¿qué leen y cómo? ¿Con qué método, con qué fin, con qué aplicacion? Yo he podido apreciar lo que son estas lecturas; yo he visto algunos de estos jóvenes en su gabinete, envueltos en su bata, recostados en su sillón delante de la chimenea y con un libro frívolo, una novela en la mano; eso era todo lo que leían. Yo recuerdo haber visto en algunos papeles de Mr. Talleyrand estas palabras: «Es mucho más dulce y descansado leer que escribir.» Leer y hacer de la lectura un trabajo, leer y